

EL COMODORO DE CARTAGENA

Iván Valdez Bubnov*

Vivimos en un mundo descabellado. Antes de la Revolución, andaba por estas islas un buque negrero, perteneciente a un armador filósofo, amigo de Juan Jacobo. ¿Y usted sabe cómo se llamaba ese buque? "El Contrato Social".

35

(Alejo Carpentier, *El Siglo de las Luces*)

No hay nación que haya tenido más enemigos ladrones que los españoles, pues como nuestros buques eran los que transportaban más caudales de América á España que los de todas las demás naciones juntas, provocaban a esos pícaros envidiosos extranjeros, que sin conciencia ni delicadeza deceaban hacer fortuna en unos cuantos meses.

(Francisco Alzina, *Relación de mi viage de sisal á La Habana, apresamiento por los piratas y tiempo de retenida en Galveston*. Manuscrito inédito).

Durante la madrugada del 23 de junio de 1816, a tres leguas del puerto de Matanzas, el bergantín "Infatigable", de la matrícula de Cádiz, se vio súbitamente rodeado por una escuadra de buques armados que navegaban bajo

*Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F.



un pabellón de tablero menudo azul y blanco con un águila en el centro.¹ La embarcación, que seguía la derrota de La Habana a Nueva York transportando un cargamento de azúcar, melaza y café, fue pronto abordada por veinticinco o treinta piratas que se acercaron en varios botes. Convencido de la inutilidad de cualquier resistencia, el capitán entregó el mando y se vio así reducido a contemplar las maniobras que hacían al “Infatigable”, navegando ahora en conserva, poner proa en dirección a las islas Tortuguillas. Son éstas poco más que una serie de escollos que conforman el extremo occidental de Los Cayos de Florida, y fue en ese lugar donde los piratas se detuvieron para hacer aguada.² Una vez terminada la operación se lanzaron nuevamente al mar, oteando los horizontes en busca de nuevas presas, las cuales, ciertamente no tardaron mucho en aparecer. Pronto caía preso el mercante español “Félix”, con su cargamento de carne desecada, seguido por una fragata de Málaga repleta de vinos y aceite; una escuna holandesa que hacía el trayecto de Nueva Providencia a La Habana transportando un cargamento español de textiles; una escuna en ruta de Filadelfia al mismo puerto, cargada de harina; dos bergantines que transportaban algodón;³ una fragata española de Santander, “La Feliz”; un bergantín de Campeche, el llamado “Perro”,⁴ y un buque inglés que navegaba desde Nassau en dirección a las costas cubanas.⁵ Tras esta serie de éxitos, los piratas se dirigieron nuevamente a las Tortuguillas para calcular el botín y prender fuego a las naves que no estaban en condiciones de ser incorporadas a sus correrías. También pusieron en libertad, en algunos botes, a la mayor parte de las tripulaciones de los buques capturados, salvo algunas excepciones de importancia. El capitán del “Infatigable” se vio forzado, según una vieja práctica corsaria, a acompañar a sus captores. Igual suerte corrió el marino José Peña,⁶ tripulante de “La Feliz”, y dos españoles que

36

¹ Según los decretos expedidos por el Congreso Insurgente, establecido en Puruarán en julio de 1814, la bandera nacional de México debía ser confeccionada en “un paño de longitud y latitud iguales a los de las demás naciones, que presente un tablero de cuadros blancos y azul celeste. Se colocarán en el centro y dentro de un óvalo blanco en campo de plata, las armas de establecidas y delineadas para el gran sello de la nación”. Lemoine, *Documentos*, 1987, pp. 293-295.

² El relato de las aventuras del “Infatigable” procede de Guzmán, *Piratas*, 1988.

³ Tanto para la captura del “Infatigable” como para esta relación de presas Cfr. Faye, “Comodore”, 1941.

⁴ Diario del Gobierno de La Habana, 16 de octubre de 1816, en Franco, *La batalla*, 1964, p. 131.

⁵ Parte de Matanzas, 9 de enero de 1817, en Franco, *Documentos*, 1961.

⁶ Diario del Gobierno de La Habana, *Op. Cit.*

navegaban como pasajeros en el buque inglés que venía de Nassau.⁷ Esta última nave, sin embargo, como casi todos los demás buques y tripulaciones de nacionalidad distinta a la española, fue liberada después de que su capitán hubo firmado un documento en el que reconocía que los puertos españoles se hallaban bajo bloqueo.⁸ La furia que estos aventureros volcaban sobre el tráfico marítimo español era tan intensa y su acción tan destructiva que, en cuanto se tuvo noticia de esta larga lista de presas, el mismo gobernador de La Habana se vio forzado a poner en embargo todos los buques mercantes que a la sazón se hallaban en el puerto.⁹

Las autoridades navales de la isla de Cuba disponían, en ese preciso momento, únicamente de dos buques armados en corso que estuviesen listos para el combate: un queche y una escuna pequeña. Con todo, se dio la orden de que ambos largaran velas y plantasen batalla a los merodeadores. Los resultados no se hicieron esperar: tras varias salvas de su poderosa artillería, la nave capitana de los piratas, la magnífica “Belona”, causaba terribles daños a la escuna española, obligándola después a encallar en un banco de la costa. Por otra parte, el queche, llamado “San Fernando”, tras un combate de tres horas, era capturado e incorporado a la formación de los asaltantes.

La escuadra que causaba tales estragos estaba conformada por dos cargueros y cuatro escunas armadas: la capitana “Belona”, mandada por el capitán Alexandre; “La Criolla”, bajo el mando del capitán Bellegarde Battigne; “La Centinela” bajo el mando de un mulato haitiano de cuyo nombre no tenemos noticia (aunque probablemente se trate del posteriormente célebre Marcelino el Mulato), y “La Favorita”, mandada por el temible Gianni Barbe-en-Fume,¹⁰ mejor conocido por los cautivos españoles como Barbanfuma¹¹ y por las autoridades navales de Cuba como Barbanpimas.¹² Todos estos capitanes obedecían y respetaban, como en una escuadra de guerra, la autoridad de un solo hombre: Louis Aury, nombrado, en otros tiempos, Comodoro de Cartagena. Se trata de un oscuro y

⁷ Parte de Matanzas, *Op. Cit.*

⁸ Fray Servando Teresa de Mier. *Mi mui caro frasquito*, 13 de julio de 1816, en Hernández, *Colección*, 1985, Vol. VI, p. 907.

⁹ *Idem.*

¹⁰ Faye, “Comodore”, 1941, p. 628.

¹¹ Alzina, *Relación*, s/f.

¹² J.H. Maldonado..., 24 de enero de 1816, en Franco, Luciano, *Documentos*, 1960.

casi desconocido personaje, cuyo paso por la historia es apenas recordado como una controversia en el camino de algunos grandes hombres de la emancipación hispanoamericana. Sin embargo, su temple le había ganado la amistad y el respeto no sólo de aquellos hombres que le seguían y arriesgaban a su lado vida y fortuna, sino también de algunas célebres figuras de la insurgencia venezolana y neogranadina. Con su ayuda, Aury habría de convertirse en pieza clave de algunos de los más notables episodios de la lucha por la independencia de la Tierra Firme y México, provocando tal disparidad de opiniones entre sus contemporáneos, que hoy resulta difícil distinguir entre la figura del pirata, sanguinario e irredento, y la del luchador republicano, romántico y pleno de ideales.

Una vez desembarazada la escuadra de los cautivos innecesarios y de las presas inútiles, resolvió Aury abandonar los Cayos de Florida y, con ello, su férreo acoso a los puertos cubanos. Hizo nuevamente poner en conserva a su heterodoxa formación, ahora aumentada en varias unidades, y marcar la derrota hacia las costas de la provincia de Texas. Durante el trayecto "La Belona" se separó virando hacia el norte, hasta desaparecer completamente tras el horizonte. Posteriormente, el desventurado capitán del "Infatigable" se enteraría de que aquella nave se había dirigido a las costas de Luisiana para poner en tierra a un hombre que debía establecer contacto con algunos misteriosos personajes de la ciudad de Nueva Orleans.¹³

Acaso, conforme la proa de sus naves rompía las olas en dirección a la costa mexicana, el Comodoro haya recapitulado los sucesos que habían dado semejante vuelco a su destino. Había abandonado su antigua comisión, por parte del gobierno insurgente de la Nueva Granada, para ejercer el corso en contra del tráfico marítimo español; aunque esto no obstaba, como es posible observar, para que lo siguiese ejerciendo con igual o hasta mayor dedicación y celo, ni tampoco para que dejase de ostentar el título que había legitimado su autoridad y sus acciones navales desde el año de 1813. Un nuevo pabellón ondeaba ahora en el palo de sus buques, desde hacía no más de tres o cuatro semanas, casi como un recordatorio de aquél fatídico instante en que hubo de desafiar la autoridad de Simón Bolívar,

¹³ Diario del Gobierno de La Habana, 25 de julio de 1816, en Franco, *La batalla*, 1964. Cfr. Guzmán, *Piratas*, p. 89. La mayoría de los detalles que ofrece Guzmán se encuentran contenidos en este diario y en el citado *Parte de Matanzas*.

abandonando el puerto de Los Cayos, Haití, el 4 de junio de 1816.

El hombre que ahora surcaba las aguas del Golfo de México, al frente de aquella partida de desheredados y aventureros del mar, provenía de un mundo transformado por los estertores de la Gran Revolución y por los primeros triunfos de aquél que habría de ser coronado emperador de los franceses. En 1803 había abandonado el barrio parisino de Montrouge, dejando a su madre viuda y a su pequeña hermana al cuidado de su tío Maignet, para surcar por vez primera las aguas del Caribe como joven grumete, todavía un niño, a bordo de un buque de guerra de la armada napoleónica.¹⁴ De aquel navío pasó a servir en diversos corsarios coloniales cuyas bases se encontraban en las Indias Occidentales Francesas: Santo Domingo, San Bartolomé, Guadalupe, Martinica. Siete largos años de combates navales le habían dejado, a la edad de poco más de cuatro lustros, una vasta experiencia de horror y de sangre, el grado de teniente de navío y algunos miles de dólares como botín de las presas capturadas. La insurrección de los esclavos negros en Santo Domingo y la efímera conquista de las Antillas Francesas por parte de Gran Bretaña, entre 1803 y 1811,¹⁵ privó a los corsarios y armadores franceses de sus bases caribeñas, forzando a muchos de ellos a dirigirse a puertos de los Estados Unidos. Louis Aury se encontraba entre éstos y, en aquel año de 1810, en el puerto de Nueva Orleans, invirtió 4,500 dólares en la adquisición y armamento de una pequeña goleta. Sin embargo, estando a punto de hacerse al mar, las autoridades norteamericanas confiscaron su buque, acusándole de armarlo en corso al servicio de Francia en un puerto neutral. Con otros 2,000 dólares, únicos restos de este primer naufragio de su fortuna, pudo Aury participar en la compra de un nuevo buque y salir de Nueva Orleans para siempre. Abandonó pacíficamente el puerto en compañía del capitán Dominique Diron, a bordo de la escuna “Christianstadt”, de registro sueco. Sin embargo, una vez en mar abierto, la “Christianstadt” arrió su bandera y descubrió una poderosa artillería. Se trataba ahora del corsario francés “Vengeance”.¹⁶

39

El bloqueo continental que segaba el tráfico europeo había trasladado todo el furor de las guerras napoleónicas a las rutas navales de América. Así, Diron y Aury surcaron el Golfo de México durante los últimos meses

¹⁴ Faye, “Comodore”, pp. 611-612.

¹⁵ Von Grafenstein, *Nueva España*, 1997, pp. 210 y 223.

¹⁶ Faye, *Op. Cit.*, p. 612.

de 1810, hostilizando el comercio británico y empleando clandestinamente los puertos de los Estados Unidos. Tras una prolongada campaña de depredación en aguas del Golfo, el buque arribó al puerto de Savannah en julio de 1811. Junto con una escuna de guerra francesa, "La Franchise", bajo el mando del capitán Jean Chevalier, el buque de Diron y Aury se internó en el estrecho canal del río Savannah. Ambas naves anclaron en la barra de Ancieux, atadas una a otra, para reposar provisiones. Durante su estancia en aquel sitio, los oficiales franceses violaron la neutralidad norteamericana al incorporar a sus dotaciones hombres reclutados en Savannah y Charleston. Las tensiones provocadas por el recrudecimiento de la guerra naval entre Francia y Gran Bretaña pronto tuvieron consecuencias entre la población estadounidense. El 14 de septiembre de 1811, una turba multa enardecida que, aparentemente, simpatizaba con los británicos, atacó súbitamente a los marinos a bordo de las escunas francesas. Los tímidos esfuerzos de tres compañías de la milicia estadounidense no bastaron para impedir que los revoltosos arrancasen las naves de la barra y las destruyesen por medio del fuego.¹⁷

40

Dominique Diron abandonó finalmente el servicio de Francia, como otros célebres piratas y corsarios de esa nacionalidad, para iniciar una carrera al servicio de los Estados Unidos. Jean Chevalier, todavía teniente de navío de la armada francesa, se las arregló para equipar un pequeño queche y hacerse a la vela, no sin antes haberse quejado ante la legación francesa en Savannah, tal como lo hizo, sin duda lleno de furia, el mismo Louis Aury.¹⁸ Sin embargo, al estallar la guerra entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, en 1812, la animadversión para con los corsarios franceses se redujo notablemente. Algunos de ellos llegarían incluso a hacerse famosos tras apoyar a las tropas de Jackson, como fue el caso de los hermanos Laffite,¹⁹ cuyos destinos habrían de cruzarse en momentos cardinales con los proyectos de Aury. Con todo, a diferencia de aquellos, éste no buscó incorporarse a la armada norteamericana ni obtener una comisión por parte del gobierno de los Estados Unidos. A él correspondería tomar otros derroteros, llegando a oscilar entre la condición de incorregible forajido

¹⁷ *Ibidem*, p. 613.

¹⁸ *Idem*.

¹⁹ Para las correrías de los Laffite, así como su relación con los agentes de la insurgencia y contrainsurgencia en Estados Unidos. *Vid.* Warren, *The Sword*, 1972, y Arciniegas, *Biografía*, 1966, pp. 350-351.

del mar, según algunos, y la de ardiente luchador libertario y republicano, según otros. El drama extraordinario de su vida se iría tejiendo conforme, en una serie de coincidencias notables, entraban en escena diversos personajes que serían recordados como próceres de la independencia hispanoamericana. Su destino quedaría pronto así ligado, de manera irreversible, a la larga serie de luchas por la emancipación de la América española.

La caída de la primera República de Venezuela, tras la cruenta campaña dirigida por el capitán de fragata español Domingo Monteverde,²⁰ provocó un verdadero éxodo de militares y caudillos venezolanos en dirección a las provincias que aun mantenían su independencia.²¹ El recién constituido gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada recibió una gran parte de los refugiados venezolanos, entre los que se encontraban Simón Bolívar, Pedro Labatut y los hermanos Montilla. El doctor Pedro Gual, uno de los personajes cardinales de la desaparecida república se vio obligado, en cambio, a dirigirse a la isla de Curazao. Desde ahí logró embarcarse a Nueva York, en donde se encontró a sí mismo convertido en agente diplomático de un estado inexistente.²² Sin embargo, el presidente del Estado de Cartagena, Manuel Rodríguez Torices, bajo la influencia de Simón Bolívar, resolvió aprovechar la presencia de Gual en los Estados Unidos. A principios de noviembre de 1811 nombró un agente encargado de comunicar nuevas instrucciones a Gual y de colaborar con él a favor de las Provincias Unidas de Nueva Granada. La misión, cuyos propósitos incluían buscar reconocimiento por parte de los Estados Unidos y apoyo militar por parte de Francia, fue aprobada por el Congreso Granadino y encomendada a Manuel Palacio Fajardo, antiguo miembro del Congreso de Venezuela y viejo conocido de Pedro Gual.²³ Ambos agentes se encontraron en Nueva York a fines de 1812. Para diciembre de ese año habían entablado conversaciones con el ministro francés en Washington, quien aconsejó que Palacio Fajardo viajase directamente a París.²⁴ Las autoridades norteamericanas, por su parte, se rehusaron a recibirlos en calidad de enviados diplomáticos. Sin embargo, la misión de Gual preveía buscar

²⁰ Restrepo, *Historia*, 1858, Vol. I, pp. 156 y 213.

²¹ Veracochea, *Caracas*, 1992, pp. 156-157.

²² Bierck, *Vida*, 1947, p. 68.

²³ Bierck, *Op. Cit.*, p. 69.

²⁴ *Idem*.

otras formas de apoyo a la independencia neogranadina, las cuales, precisamente, terminarían por atraer a Louis Aury a la causa de los insurgentes hispanoamericanos. Tras la partida de Palacio Fajardo, Gual permaneció varios meses más en los Estados Unidos. Durante ese periodo concedió varias patentes de corso en nombre de las Provincias Unidas de Nueva Granada. La cesión de patentes había sido instaurada por el presidente del Estado de Cartagena, Rodríguez Torices, a principios del año de 1812.²⁵ Es probable que algunas de estas patentes hayan sido entregadas en blanco a Gual como parte de las instrucciones traídas por Palacio Fajardo.²⁶

En abril de 1813, el corsario francés “Diligent”, bajo el mando de Alexis Grassin, capturaba una escuna británica de cuatro cañones comisionada como navío de aviso, “La Whiting”, para después enviarla como presa legítima a la rada de Pamplico, en Carolina del Norte. Ahí fue armada y dotada de una patente de corso por parte del gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada. El documento fue certificado como legítimo ante una corte de Nueva York por el propio doctor Gual.²⁷ Esta nave, una vez concluidos todos los preparativos, se hizo al mar bajo el mando de Louis Aury. Una vez abandonado el puerto, enarboló el pabellón de Cartagena y puso proa en dirección a las costas sudamericanas. Es probable que el doctor Gual se haya embarcado como pasajero con Aury para rendir cuentas al gobierno de las Provincias Unidas.²⁸ El trayecto hacia el sur dio ocasión al nuevo corsario de Cartagena para desquitarse de los estragos que le habían causado los norteamericanos. Se trataba de la captura de un buque estadounidense bajo registro español. Ante sus aterrados prisioneros, Aury se presentó a sí mismo, retadoramente, como pirata francés, pese a que ahora contaba con una patente establecida. Después, continuó la derrota hacia el sur, hacia la masa continental de la América española. Finalmente, en el mes de mayo de 1813, en compañía de una nueva presa, arribó frente a las costas de Cartagena de Indias.²⁹ Un disparo de cañón anunció su llegada a las fortalezas que guardan la entrada de la bahía.

²⁵ Franco, *La batalla*, 1964, p. 124.

²⁶ Bierck, p. 70.

²⁷ Faye, p. 614.

²⁸ Bierck, p. 71.

²⁹ Faye, p. 614.

Pese a los modestos resultados de su estadía en los Estados Unidos, Gual fue bien recibido por el gobierno de Cartagena. Los éxitos militares de Bolívar y Labatut habían contribuido a la simpatía de los cartageneros para con los refugiados venezolanos.³⁰ Pronto alcanzó Gual un sitio prominente en la política interna de Cartagena, lo cual se tradujo en la incorporación de Aury, ahora su amigo y protegido, a la flota republicana. Efectivamente, el 9 de junio el gobierno de Cartagena, principal miembro de las Provincias Unidas de Nueva Granada, comisionó a Louis Aury otorgándole el grado de teniente de navío en la flota republicana. Sus repetidos éxitos en la guerra marítima pronto se tradujeron en un ascenso fulgurante: para el 10 de agosto de 1813 le era concedido el título de comodoro,³¹ con mando sobre todas las unidades de la escuadra granadina.³² Con esto, un periodo de prosperidad se abrió para el marino francés. Parte de las ganancias producidas por la venta de las presas capturadas por la escuadra pasaba directamente por sus manos, de modo que pronto estuvo en condiciones de comprar y equipar tres navíos con sus propios recursos.³³ Muy pronto se hizo temible, en todo el ámbito del Caribe, la actividad del Comodoro de Cartagena. Efectivamente, la ciudad que había adoptado a Louis Aury como jefe de su flota corsaria se había convertido no sólo en el

43

más importante depósito de riquezas procedentes de la piratería y el contrabando de toda la Nueva Granada,³⁴ sino también en la principal base marítima al servicio de la insurgencia hispanoamericana.

Al incorporarse a la lucha de las recién formadas repúblicas sudamericanas, Aury se vio irremisiblemente arrastrado por el torbellino de facciones políticas que constituían la política interna de éstas. Su situación de marino extranjero no dejó de causar cierto recelo entre algunos de sus contemporáneos, mientras que las condiciones de su incorporación a la flota granadina, esto es, bajo la protección de una de las figuras políticas de la insurgencia, necesariamente determinaron su adicción entre los partidos en pugna. La marcha de los acontecimientos, por otra parte, no había de facilitar las cosas. La debilidad política de las Provincias Unidas se vio

³⁰ Hoyos, *La independencia*, 1992, pp. 210-211; Bierck, p. 71 y Restrepo, *Op. Cit.*, Vol. I, p. 228.

³¹ Faye, p. 614.

³² Restrepo sostiene, en cambio, que Aury compartía el mando de la escuadra granadina con el capitán Eslaba.

³³ Faye, p. 615.

³⁴ Restrepo, p. 225.

44 pronto acentuada por la división de la autoridad republicana en diversas juntas y por la cruenta guerra civil desatada entre los partidarios del sistema federal, con Camilo Torres a la cabeza, y el centralismo basado en Santa Fe, acaudillado por Nariño.³⁵ Como resultado, la exitosa campaña de Simón Bolívar más allá del río Magdalena, entre 1813 y 1814, que había dado por resultado la liberación de Caracas, terminó por convertirse en una victoria pírrica. El jefe realista Boves arrasó con los ejércitos republicanos y asistió a la segunda caída de la capital venezolana. El derrumbamiento de Venezuela representó un serio golpe para la seguridad de la Nueva Granada. Así, con la finalidad de establecer un gobierno centralizado y, con ello, conjurar el desastre que se avecinaba, el Congreso Granadino decretó una serie de reformas políticas en septiembre de 1814. Las Provincias Unidas estarían ahora gobernadas por un triunvirato conformado por Rodríguez Torices, García Rovira y José Manuel Restrepo. Al asumir su nuevo cargo, Rodríguez Torices renunció al de presidente del Estado de Cartagena. A Bolívar, quien por segunda vez huía de Caracas, se confió el mando de las fuerzas militares unidas, mientras que su adversario, el coronel Castillo, quedaba al mando de las defensas del río Magdalena.³⁶ Esta división en los ejércitos republicanos, aunada a la partida de Rodríguez Torices de Cartagena, tuvo consecuencias que a la larga facilitaron la reconquista española de Nueva Granada. Rodríguez Torices había ejercido facultades dictatoriales durante su mando, lo que le permitió sujetar a las dos principales facciones políticas de la ciudad, encabezadas la una por el comandante García Toledo, por los hermanos Piñerez la otra.³⁷ García Toledo era favorable a la autoridad del coronel Castillo, mientras que los Piñerez apoyaban el mandato de Simón Bolívar. Con la partida de Rodríguez Torices, la vieja disputa faccionaria estalló nuevamente.³⁸ Esta se vio agravada por una serie de reformas que a su vez tuvieron lugar en el gobierno de la ciudad. A instancias del doctor Gual, se instauró una asamblea para revisar la constitución de 1812. Se propuso, quizás con la intención de paliar la disputa interna, abolir el cargo de gobernador y promover la elección de dos cónsules.³⁹ Aceptada la moción, fueron electos precisa-

³⁵ Vid. Hoyos, *Op. Cit.*, capítulo III.

³⁶ Bierck, p. 78.

³⁷ Restrepo, p. 285.

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Ibidem.*, p. 286.

mente García Toledo y Gabriel Piñerez. La convención terminó por aceptar a ambos como gobernadores y delegó el asunto a la Legislatura, que debía reunirse el primero de enero. De este modo quedó seccionado el mando en la ciudad de Cartagena.

Cuando el coronel Castillo se enteró de la disputa que tenía lugar tras las murallas de Cartagena, abandonó su comando en el Magdalena y se puso en marcha para apoyar a la facción de García Toledo. Bolívar, por su parte, se encontraba demasiado lejos para apoyar a tiempo a sus partidarios. La aproximación de Castillo produjo sonados alborotos en el interior de la ciudad. La guerra civil se hallaba tan sólo a un paso. Como resultado, el 5 de enero de 1815, el comandante militar de la plaza, Luciano D'Elhuyar, tomó cartas en el asunto y restableció la paz encerrando tanto a García Toledo como a los hermanos Piñerez.⁴⁰ Al día siguiente convocó a elecciones para el cargo de gobernador. El candidato electo resultó ser, precisamente, don Pedro Gual.⁴¹

Al tener Castillo noticia de estos cambios, impugnó la designación a favor de su protegido, García Toledo, y avanzó con sus tropas hasta poner cerco a la ciudad, impidiendo el paso de víveres y pertrechos. El 7 de enero Gual se entrevistó con Castillo. Los términos de la reunión son inciertos, pero el resultado inmediato fue que Castillo pudo entrar a la plaza, en detrimento de los partidarios de Bolívar, quienes fueron enviados al destierro. Juan de Dios Amador fue electo nuevo gobernador de la ciudad. Gual, por su parte, entregó el cargo y a los pocos meses logró embarcarse rumbo a los Estados Unidos.

La decisión de Gual de admitir a Castillo en Cartagena aceleró el proceso de descomposición interna del régimen republicano. Bolívar, encargado de batir al enemigo en Santa Marta, escribió a las autoridades de Cartagena solicitando refuerzos. Castillo se rehusó a proporcionar ayuda para la campaña, ordenando a sus tropas que resistiesen a Bolívar si éste se movilizaba hacia el norte.⁴² La intervención de Juan Marimón, presidente del Congreso Nacional, terminó por ofuscar cualquier posibilidad de mediación con Bolívar al apoyar decididamente a los cartageneros.⁴³ Este

⁴⁰ *Ibidem*, p. 303.

⁴¹ Bierck, p. 80.

⁴² *Ibidem*, p. 87, y Hoyos, p. 211.

⁴³ Bierck, p. 88.

último, en lugar de avanzar hacia Santa Marta, movilizó a sus tropas hacia Cartagena y, a fines de marzo, inició a su vez el sitio de la ciudad.

El año de 1815 fue de serios reveses para los movimientos insurgentes en toda la América española. La derrota de Napoleón y la restauración de Fernando VII en el trono de España trajeron consigo la organización de una serie de expediciones para la reconquista de las provincias rebeldes. El mariscal de campo don Pablo Morillo, héroe de la guerra de independencia española, fue puesto al frente de una expedición compuesta de diez mil hombres bien pertrechados, veteranos de la guerra terrestre y marítima contra Francia. Zarpó de Cádiz el 12 de febrero de 1815, con 60 embarcaciones entre naves de guerra y de transporte. Arribó a las costas venezolanas, ya prácticamente pacificadas, el 6 de abril. El 11 hacía una entrada espectacular a Caracas, donde estableció tribunales para juzgar a los insurgentes. Pronto salía de Puerto Cabello al frente de 8,500 hombres, hacía alto en Santa Marta, y ultimaba los preparativos para marchar sobre la plaza fuerte de Cartagena.⁴⁴ Ante estas noticias, Bolívar se entrevistó con Castillo el 8 de mayo, firmó un tratado de paz y entregó el mando de sus tropas al comandante Feliciano Palacios. Al día siguiente partía rumbo al exilio en la isla de Jamaica.⁴⁵

El 17 de agosto se presentó ante las fortalezas de Cartagena de Indias la escuadra española, bajo las ordenes de don Pascual de Enrile. Amador se mantuvo al frente del gobierno civil de la plaza, mientras que el mando militar era compartido por Castillo y el coronel venezolano Mariano Montilla.⁴⁶ Al completarse el cerco por parte de las tropas de Morillo, tras los muros de Cartagena se encontraban unas veinte mil personas, en su mayor parte civiles que habían abandonado sus poblados ante el avance de los invasores.⁴⁷ Esta enorme concentración humana no mejoró, sin embargo, las condiciones defensivas de la plaza. Por el contrario, los problemas de alimentación y salubridad se agravaron hasta el punto de tornarse más mortíferos que los mismos ataques españoles. Las condiciones dentro del recinto amurallado eran precarias, y la carencia total de posibilidades de recibir auxilio desde fuera hicieron de ésta una resistencia ciertamente he-

⁴⁴ Hoyos, p. 212.

⁴⁵ Duarte, *América*, 1972, p. 55; Bierck, p. 92.

⁴⁶ Hoyos, p. 213.

⁴⁷ Duarte, *Op. Cit.*, p. 55.

roica. Pese a todo, el hambre, las enfermedades, los asaltos a la bayoneta, el constante bombardeo de la artillería de campaña y el bloqueo por parte de la escuadra realista, no bastaron para rendir a los defensores de Cartagena. Entre éstos, todavía al mando de su escuadra encerrada en el puerto y conservando la fidelidad de sus hombres, incorporados ahora a la defensa de la plaza, se encontraba el comodoro Aury.

Como si las condiciones impuestas por la dureza del sitio no hubiesen sido de por sí suficientemente trágicas, la unidad de los defensores se resquebrajaba rápidamente. Castillo había provocado una extendida animadversión entre sus subalternos debido a su manifiesta incapacidad de coordinar eficazmente los preparativos y la ejecución de las obras de defensa.⁴⁸ Así, al poco tiempo de haberse iniciado el sitio, reinaba en el interior de la plaza un ambiente propicio para la asonada militar.⁴⁹ La facción venezolana, dominada por los hermanos Montilla, conspiraba activamente para deponer a Castillo del mando. Por otra parte, los hombres de Aury también tomaron partido en contra de aquél y propusieron la constitución de un órgano consultivo con autoridad suficiente para ejercer la autoridad civil y militar de la plaza.

Ante la presión en su contra, Castillo resolvió preparar una expedición naval con la intención de burlar el bloqueo y obtener víveres y pertrechos. Para tal efecto fueron seleccionados cinco buques de la escuadra republicana. La operación, como era de esperarse, quedó bajo la dirección de Aury.⁵⁰ Sin embargo, en opinión de éste, romper el bloqueo resultaba imposible sin antes despejar la ensenada de Santa Ana, en la pequeña isla de Barú, ocupada a la sazón por un cuerpo de infantería española bajo las ordenes del teniente de ingenieros Juan Camacho.⁵¹ El objetivo de este plan habría sido contar con una base de recalada en caso de que el intento de forzar el bloqueo resultase infructuoso. Sin embargo, es posible que el plan de ataque a Barú tuviese que ver con un accidente. En la escuadra española: la fragata española "Ifigenia", de 44 cañones, averiada por un golpe de mar, había buscado refugio en la pequeña isla. Así, el comodoro se proponía apoderarse a un tiempo de la fragata y de la isla, consumando de esta forma la ruptura del bloqueo.

⁴⁸ Restrepo, p. 354.

⁴⁹ Duarte, p. 58.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 67.

⁵¹ Restrepo, p. 360.

Tras reunir una fuerza de cuatrocientos hombres, Aury dirigió personalmente el ataque, que devino en un completo desastre. La enconada defensa de la infantería española, experta en el combate, desbarató a los atacantes, causándoles más de cuarenta muertos y tomando gran número de prisioneros.⁵² Muchos de estos eran hombres de Aury. Por boca de ellos se enteró Morillo de la composición de las fuerzas defensoras de la ciudad. Debíó sorprenderse de la cantidad de franceses que defendían Cartagena y, más aun, de su influencia en la política interna de la plaza. Así, el fallido desembarco en Barú y el incidente de la "Ifigenia" hicieron evidente el papel cardinal que Aury jugaba en el sistema defensivo de Cartagena.⁵³ Por otra parte, favorecieron a Castillo, quien hizo responsable del fracaso de la acción, de forma pública y ostentosa, al comodoro de la flota cartagenera. Aprovechando la oportunidad para asestar un golpe a sus destructores, Castillo depuso y encarceló a Louis Aury. Además, entregó el mando de la flota a su propio hermano, quien, a su vez, organizó una nueva expedición para romper el bloqueo.

El capitán Castillo realizó una salida con varias unidades navales, con rumbo a un fracaso sangriento y total. La expedición fue emboscada por fuerzas españolas de tierra y mar, que hicieron en los buques insurgentes una total carnicería. Las cabezas de los caídos fueron enviadas al cuartel general de Morillo como testimonio del triunfo realista.⁵⁴

La interceptación de la correspondencia de Castillo por parte de un rico armador naval de Curazao, partidario ferviente de Bolívar, de nombre Luis Brión, fue la chispa que finalmente hizo detonar la caída de Castillo. Este personaje rápidamente hizo arrestar a algunos partidarios del coronel, y con la misma celeridad liberó de su prisión al comodoro Aury.⁵⁵

En la madrugada del 17 de octubre de 1815, Aury lanzó el grito que llamaba a la insurrección en contra del coronel Castillo. Pronto los soldados de la guarnición del fuerte de La Popa se le unieron. Tras el triunfo de la asonada, el general venezolano Bermúdez fue nombrado nuevo comandante militar de la plaza.⁵⁶

⁵² *Idem.*

⁵³ Duarte, p. 57.

⁵⁴ Restrepo, pp. 360-361.

⁵⁵ Duarte, p. 59.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 60.

Con todo, estos estrepitosos acontecimientos no hicieron mejorar la situación estratégica de los sitiados y, probablemente, sí allanaron el camino hacia la irremediable postración de Cartagena. Para hacer la situación todavía más dramática, la escandalosa masacre de un gran número de prisioneros realistas en los calabozos de la ciudad,⁵⁷ permitía imaginar a los defensores la suerte que les esperaba de caer en manos de las tropas de Morillo. Por otra parte, la presión de los sitiadores se volvía ya irresistible, por lo que en junta de guerra, se resolvió poner en marcha los preparativos para evacuar de la plaza al mayor número posible de personas.⁵⁸ La responsabilidad de semejante empresa recayó, naturalmente, sobre los hombros de Louis Aury.⁵⁹

Se trataba de una operación de sobremanera peligrosa, puesto que requería forzar el bloqueo de la escuadra española y poner a salvo a una población enorme que incluía mujeres y niños. Al parecer, jamás se contempló poner únicamente a salvo al personal de los gobiernos civil y militar de la plaza, lo cual hubiese probablemente aumentado las posibilidades de éxito de la fuga. No faltaron, por otra parte, las propuestas descabelladas, como la de García Toledo, quien sugería que se evacuase al total de la población y se hiciese volar los arsenales, cuando irrumpieran las tropas de Morillo. Pese a este desplante de entusiasmo, Aury disponía únicamente de trece buques, “siete goletas mal armadas y el resto mercantes”,⁶⁰ en las cuales, aun completamente hacinadas y restando lugar para las provisiones, cabían no más de dos mil personas.⁶¹

El 5 de diciembre de 1815, la flota, repleta de refugiados se hizo a la vela en un desesperado y último intento por escapar a la furia de los ejércitos realistas. Atravesó la bahía de Cartagena bajo el fuego graneado de los cañoneros españoles y de las baterías de Tierra Bomba. Después, bajo la protección de los cañones del fuerte de Boca Chica, se embarcaron los últimos defensores de la ciudad martirizada, algunas provisiones y agua apenas suficiente para la travesía que, según se esperaba, habría de durar no más de una semana. A las dos de la madrugada del día siguiente, Aury condujo a los fugitivos fuera de la bahía, rompiendo el bloqueo de la es-

⁵⁷ *Ibidem*, p. 75.

⁵⁸ Restrepo, p. 377.

⁵⁹ Duarte, p. 85.

⁶⁰ Restrepo, p. 378.

⁶¹ Duarte, p. 87.

cuadra española, logrando abrirse paso hasta mar abierto, en dirección a las costas del único país que les brindaba su amistad: la República de Haití.⁶²

El audaz escape de la fortaleza vencida se había visto facilitado por el arrecio de fuertes vientos que comenzaban a golpear desde el noroeste, forzando a varias unidades españolas a desguarnecer el bloqueo. Sin embargo, el temporal terminó también por romper la formación rebelde, disgregando a los navíos y separándolos de su curso. Dos de ellos, con más de trescientas almas a bordo, fueron arrastrados de vuelta a la costa, donde cayeron en poder de los españoles. Una escuna armada encalló no lejos de la bahía de Cartagena. Los vientos, que pronto hubieron de convertirse en tormenta, echaron a pique un cuarto buque, lejos del auxilio de cualquier costa. El resto, arrancado de su derrota original por la embestida de los vientos, se encontró después, en diversas ocasiones, detenido en medio de la calma chicha. Los alimentos empezaron a escasear. El agua de lluvia que pudo ser almacenada resultó insuficiente para rellenar los aljibes.⁶³ Así, los supervivientes navegaban perseguidos por la fatalidad y el desastre.

50

El hambre, la sed y la muerte se apoderaron de la escuadra de Louis Aury. Para completar el cuadro de angustia y desolación, una por una, las naves que huían de la tragedia de Cartagena se iban desviando hacia la costa firme, donde las esperaban los patíbulos realistas, o caían presa de los buques españoles enviados en su persecución. Este último fue precisamente el caso del buque "General Bermúdez", el cual fue avistado cerca de las costas cubanas al iniciarse el año de 1816. De inmediato, las autoridades navales de la isla armaron en corso la goleta "Ana", la cual se hizo al mar el 7 del primer mes para dar caza al buque cartagenero. La persecución terminó con un sobrecogedor episodio que puede dar alguna idea de la situación que imperaba a bordo de las naves del comodoro: el "General Bermúdez" fue hallado, tras encallar en la Bahía de Cochinos, completamente "infestado de cuerpos muertos". Solamente tras rastrear la costa pudieron los españoles hacer algunos prisioneros: "...16 vivos del expresado corsario cartagenero...".⁶⁴ Por otro lado, "La Constitución", nave capi-

⁶² Faye, p. 619; Von Grafenstein, *Op. Cit.*, p. 238.

⁶³ Faye, p. 620.

⁶⁴ Ambrosio Hurtado de Mendoza a Juan Ruiz de Apodaca, 18 de febrero de 1816, en Franco, *La batalla*, 1964, p. 128.

tana de Aury, consiguió hacer escala en Jamaica para aliviar los padecimientos de sus tripulantes. Sin embargo, aun con esto, fue la primera en alcanzar el anhelado puerto de Los Cayos, Haití, a principios de enero de 1816. La travesía que se había iniciado con bastimentos para una semana duró, por tanto, más de un mes. Pero el precio de la hazaña había sido terrible: tan sólo en la capitana, se contó un total de cuarenta y cinco personas muertas de hambre, sed y agotamiento.⁶⁵ El historiador colombiano Duarte French eleva esta cifra hasta cincuenta y nueve muertos, arrojando sobre el comodoro, cuando menos como sospecha, toda la responsabilidad del desastre: “(de Aury) se dijo que había ordenado matar a palos a los tripulantes de su nave por mostrarse adversos al régimen disciplinario que había establecido”.⁶⁶ Cuando los últimos sobrevivientes arribaron a Los Cayos, a fines de enero, se hizo evidente que sólo algunos cientos de los dos mil insurgentes embarcados en Cartagena habían escapado para reiniciar la liberación del continente.

Mientras tanto, rota la defensa de Cartagena, el mariscal Pablo Morillo se entregaba de lleno a completar su labor de pacificación, exterminando por todos los medios posibles a los rebeldes que no habían conseguido escapar a tiempo, estableciendo tribunales para juzgar a los implicados, confiscando sus bienes y persiguiendo a sus familias. Además, tomaba providencias para la persecución de los franceses que habían luchado a favor de las Provincias Unidas de Nueva Granada.

Con la tragedia de Cartagena había terminado la primera fase de la lucha por la emancipación de la Tierra Firme. Entre las ruinas de la ciudad vencida había sucumbido también la fuerza de las facciones venezolanas y cartageneras que rivalizaban con Bolívar. La figura del Libertador impondría ahora su autoridad por encima de los jefes militares que lograron escapar del furor realista refugiándose en Los Cayos de Haití. Aun antes de ser informado de la caída de la plaza y del éxodo de caudillos prófugos que se movilizaba en dirección al puerto haitiano, Bolívar había partido de su

⁶⁵ Faye, p. 620.

⁶⁶ Duarte, p. 88. Este autor señala, además, que “La Constitución”, capitana de Aury, fue la única nave en alcanzar las costas haitianas, lo cual es inexacto. En cuanto al desastre a bordo de los buques prófugos de Cartagena, Restrepo asegura que la única responsabilidad recaía sobre el comodoro, pues maliciosamente se habría negado a cumplir con las previsoras disposiciones del gobierno de la plaza acerca del aprovisionamiento de las naves. *Vid.* Restrepo, p. 378.

⁶⁷ Verna. *Robert Sutherland*, 1966, p. 22.

exilio en Jamaica con la finalidad de obtener recursos que le permitiesen retornar en pie de guerra al continente. Podía cifrar sus esperanzas en el apoyo de tres personajes cardinales: el presidente haitiano Alexandre Pétion, en cuyos ideales libertarios confiaba el militar caraqueño; el rico comerciante inglés Roberth Sutherland, establecido en Puerto Príncipe, amigo personal del presidente Pétion y conocido por su apoyo a la República de Haití;⁶⁷ y, por último, el armador de Curazao Luis Brión, quien, habiendo conseguido burlar el bloqueo, se había presentado ante las costas de la república caribeña acompañado de su goleta “El Dardo”, cuyas bodegas estaban repletas de víveres y pertrechos de guerra y que había permanecido anclada fuera de la bahía de Cartagena sin proporcionar su auxilio a los hambrientos defensores de la plaza.⁶⁸

El 20 de diciembre, mientras surcaba las aguas que separan Kingston de Los Cayos de Haití, la nave de Bolívar se encontró con uno de los buques prófugos de Cartagena. Se trataba del corsario “La Republicana”, bajo el mando de uno de los hombres de Aury, Gianni Barbe-en-Fume, el temido Barbanfuma, por quien Bolívar se enteró de la caída de la plaza.⁶⁹ El Libertador se rehusaba a creer en la veracidad de los informes del hombre de mar, pero a los pocos días de haber desembarcado e iniciado el contacto con el gobierno de Pétion, se presentó ante las costas haitianas un buque que parecía arrancado de las leyendas de fantasmas que pueblan la imaginación de los marineros: se trataba del arribo de la nave capitana de Aury, tripulada por hombres que habían oscilado demasiado tiempo en el umbral de la muerte. Con esto, las dudas de Bolívar acerca de la ruptura del cerco de Cartagena se disiparon completamente.

A principios de febrero de 1816, en una casa en las afueras de Los Cayos, se habían reunido los principales personajes sobrevivientes de las desaparecidas repúblicas de Venezuela y Nueva Granada.⁷⁰ El presidente Pétion, por medio de Roberto Sutherland, había proporcionado una ayuda militar y financiera lo suficientemente sustanciosa como para permitir la organización de una fuerza expedicionaria para la reconquista del conti-

⁶⁸ Faye, pp. 620-622.

⁶⁹ Bolívar a Hyslop, 26 de diciembre de 1815, en Lecuna, *Cartas*, 1948, Vol. XI, p. 59.

⁷⁰ José Cienfuegos a José María Ramírez, 27 de septiembre de 1816, en Franco, *Documentos*, 1960, p. 86. El espionaje realista nos ha proporcionado una lista notablemente completa de los caudillos sudamericanos reunidos en Haití.

nente.⁷¹ Sin embargo, esta reunión forzosa reproducía, en una escala menor, la discordia y las disensiones que habían provocado los cruentos conflictos internos de la Nueva Granada. Entre los jefes allí reunidos se encontraban Mariño, Piar y Bermúdez, facción opuesta a Bolívar, mientras que entre los adictos al caraqueño se encontraban Zea, Briceño y el armador Luis Brión. También se hallaban presentes algunos aventureros europeos: el escocés Gregor McGregor, el soldado francés Ducodray-Holstein y, por supuesto, el comodoro Aury.⁷² Según el testimonio de Ducodray-Holstein,⁷³ Bolívar inició la sesión con un largo y meditado discurso en el que abogaba por la necesidad de un gobierno centralizado o de un mando militar con poderes dictatoriales. De inmediato Brión propuso el nombre de Bolívar para el cargo y anunció que solamente a su servicio pondría tanto sus naves como sus recursos financieros. Posteriormente, se pidió a cada uno de los jefes su firma en una serie de artículos, redactados de antemano, en los que se especificaba que el comandante en jefe asumiría todos los poderes. De este modo Bolívar quedaría elegido como jefe único de los ejércitos de Venezuela y Nueva Granada. Sin embargo, al ser puesto en consideración el artículo tercero, precisamente el que hacía alusión a los poderes dictatoriales, el comodoro Aury se negó de lleno a firmar el papel. Ducodray-Holstein señala: “Esta negativa fue la primera causa de discusión entre los jefes de la expedición, y desde entonces se enfadó Bolívar con Aury, resentimiento que le duró hasta la muerte de este último”.⁷⁴ Como alternativa a la dictadura de un solo hombre, el comodoro Aury propuso que la responsabilidad de dirigir la empresa de reconquista recayera en un consejo electo de tres o cinco miembros que respetase los principios democráticos de los expedicionarios.⁷⁵ A esta moción se sumó el voto de Montilla, Bermúdez y varios más.⁷⁶

La disensión de Aury en el consejo de Los Cayos ha dado origen a una controversia que se vuelve tanto más turbia en cuanto la invención de las nacionalidades americanas se ve envuelta. Una parte de los historiadores colombianos y de los autores de las numerosas hagiografías de Bolívar

⁷¹ Verna, *Op. Cit.*, pp. 29-30.

⁷² Frank, *Nacimiento*, 1956, p. 178.

⁷³ Reproducido en Madariaga, *El ciclo*, 1954, p. 908.

⁷⁴ Madariaga, *Op. Cit.*, p. 909.

⁷⁵ O'Leary, *Memorias*, 1970, p. 101.

⁷⁶ Duarte, p. 95.

coinciden en señalar que la ruptura de Los Cayos tuvo como único origen la perversa intención del marino francés, su franca indisposición a la disciplina, su desmesurada codicia o la falsedad de sus principios libertarios. Es posible, empero, que el problema tuviese que ver con el nombramiento del comandante naval de la expedición. Ciertamente, los jefes aptos para la misión eran solamente dos: Louis Aury y Luis Brión. Dadas las circunstancias en que fue propuesto el mando único de Bolívar, esto es, con el apoyo incondicional de Brión y sus recursos, resultaba harto factible, que la flota quedase bajo la dirección del armador de Curazao. El triunfo de Bolívar tuvo, en efecto, esta consecuencia. Sin embargo, existía un problema de fondo que impedía que Brión fuese reconocido de inmediato como almirante en lugar de Aury: poseía únicamente el título de capitán de segundo grado, mientras que el francés, además de ostentar el de capitán de primer grado,⁷⁷ hacía tiempo que había sido nombrado Comodoro de Cartagena. El principal título de Brión para acceder al mando era su devoción incondicional para con el caudillo venezolano, mientras que su adversario francés ostentaba un grado superior, había comandado la escuadra de Cartagena y, bajo su propio riesgo, había puesto a salvo a varios de los jefes allí presentes y a muchos de los defensores de la ciudad postrada.⁷⁸

La confirmación de Bolívar en el mando trajo consigo el nombramiento del jefe naval de la expedición. El capitán de segundo grado Luis Brión fue designado en lugar del comodoro y capitán de primer grado Louis Aury.⁷⁹ A todas luces semejante subversión de la jerarquía militar en aras de vínculos personales resultaba verdaderamente insólita y propiciatoria de conflictos internos que, de por sí, se hallaban latentes entre los jefes venezolanos y cartageneros. La situación se tornaba más explosiva en la medida en que las naves y los capitanes de Aury se hacían cada vez más indispensables para la reconquista del continente, llegando hasta el punto de volverse prácticamente imprescindibles. Así, antes de haber zarpado, la expedición de Bolívar amenazaba con resquebrajarse por dentro.

⁷⁷ Faye, p. 264.

⁷⁸ Recuérdese que la goleta "El Dardo", perteneciente a Luis Brión, había permanecido anclada fuera de la bahía de Cartagena con su cargamento de víveres y pertrechos de guerra mientras que los defensores de la plaza morían de hambre. Acaso el motivo haya sido no prestar apoyo a una ciudad que se había resistido a Bolívar y que incluso había sido puesta bajo sitio antes de la llegada de las tropas de Morillo.

⁷⁹ Faye, p. 625.

Una posible solución al conflicto, al menos a ojos de Aury, surgió de modo inesperado. Un ministro plenipotenciario del Congreso Mexicano, el general José Cadenas, se había presentado entre los insurgentes sudamericanos reunidos en Los Cayos. La aparición de este personaje en Haití se debía completamente al azar y no, como se ha repetido hasta ahora, a una búsqueda de contacto del Congreso con las autoridades haitianas ni con los revolucionarios de Tierra Firme: la serie de éxitos realistas de 1815 había diezmado, también en la Nueva España, a las fuerzas insurgentes, dando por resultado la captura de José María Morelos y la dispersión del gobierno instalado en Tehuacán. Con el fin de obtener recursos para la lucha, Cadenas tomó la iniciativa de dirigirse a los Estados Unidos en busca de armas y pertrechos. Según su propio testimonio, le resultó imposible embarcarse en ninguno de los puntos bajo control insurgente, “por no ser conocido de los navegantes”, lo que lo llevó a transitar disfrazado por diversas plazas realistas hasta que, finalmente, consiguió pasaje en un buque que se dirigía a Jamaica. De ahí se embarcó en otra nave que partía en dirección a los Estados Unidos, pero, al poco de haberse hecho a la vela, ésta fue sorprendida por el gran huracán del 17 de octubre de 1815, el cual la echó a pique y arrojó a Cadenas, completamente desamparado, a las costas de la República de Haití.⁸⁰ En estas circunstancias había llegado a la ciudad de Los Cayos, donde estuvo viviendo, “sin expensas y sin arbitrio de adquirirlas, reducido a una total inacción y con el pesar de no poder seguir en los negocios” de la insurgencia. Finalmente consiguió entrar en contacto con los refugiados de Venezuela y Nueva Granada, en particular con Louis Aury y sus partidarios. Este encuentro, debido, como puede observarse, enteramente a la casualidad, habría de ser cardinal en los destinos del Comodoro de Cartagena, separándole definitivamente de la senda de Bolívar y ligándole, en contraparte, a una de las gestas más célebres de la guerra de Independencia de México. Efectivamente, Cadenas, quizás con la esperanza de, a un mismo tiempo, librarse de la triste situación en que se encontraba y prestar un servicio útil a su gobierno, propuso a Louis Aury poner sus naves bajo la patente del Congreso Mexicano. Esta acción, por un lado, concordaba enteramente con las facultades que le habían sido

⁸⁰ José Cadenas, carta fechada en Los Cayos a 6 de diciembre de 1816. “Documentos relativos...”, en Roldán, *Las relaciones*, 1974, pp. 164-165.

concedidas por el Congreso insurgente en el año de 1811. Su carta credencial estaba firmada en Motines del Oro, Obispado de Michoacán, por el bachiller José María Ochoa, a la sazón presidente del Congreso.⁸¹ En ella especificaba que Cadenas gozaba de los poderes necesarios “para disponer cuanto concierne a las operaciones contra el enemigo ya por tierra ya por mar, y a la tranquilidad y buen gobierno de los pueblos”. Además señalaba que “si la persecución del enemigo eludiere sus tentativas y juzgase necesario al efecto recurrir a otros países, y en tal caso por los eventos de la guerra se hallase disperso el Congreso, o a una distancia incomunicada; para que no se le entorpezcan las medidas que oportunamente adopte... desde ahora para entonces y sin limitación de tiempo lo nombramos también y acreditamos por nuestro Delegado Plenipotenciario Enviado Extraordinario cerca de los gobiernos extranjeros y de quienes necesario sea...”. Como es posible observar, las visionarias disposiciones del Congreso encajaban perfectamente con la situación de Cadenas, de modo que aquél pudo hacer gala de tal investidura ante los demás refugiados reunidos en el puerto haitiano. Por otro lado, su intervención otorgaba a Aury una coartada eficaz en su conflicto con Bolívar y Brión. Efectivamente, si el comodoro ponía sus naves bajo patente mexicana, podría tomar parte en la expedición de reconquista en calidad de jefe auxiliar, quedando así salvada la diferencia de rangos con el armador de Curazao.

Aury planteó su propuesta ante una junta de jefes granadinos reunida después de la elección de Bolívar.⁸² Presentó ante todo una serie de reclamos económicos por las pérdidas que había sufrido durante la evacuación y la fuga de la ciudad. Clamaba haber perdido veinticinco mil pesos en adelantos entregados al gobierno de la plaza, en pérdidas ocasionadas por el transporte de los refugiados y en una serie de reparaciones realizadas a su costo en la escuna “Republicana”. Como compensación, solicitaba que le fuese entregada esta nave, junto con la escuna “Constitución”, capitana de la escuadrilla granadina. A cambio, ofrecía poner sus propios barcos, así como los pertenecientes a sus amigos, al servicio de la expedición de Bolívar, en condición de escuadrón auxiliar del Congreso Mexicano, con autoridad derivada del general Cadenas.⁸³ La junta aceptó como legítimas

⁸¹ Roldán, *Op. Cit.*, p. 14.

⁸² Faye, p. 626.

⁸³ *Idem.*

las reclamaciones de Aury y accedió a su ofrecimiento sin reservas, la transferencia de los buques fue efectuada por escrito con la autorización del representante del Estado de Cartagena.

La reacción de Bolívar, al ser informado de estos movimientos, fue furibunda. No sólo se negó a aceptar un escuadrón que debiese obediencia a otra república, sino que señaló que Aury, en calidad de oficial de la armada granadina, estaba obligado a tomar parte en el proyectado desembarco en Venezuela. También señaló que sus buques quedarían a disposición del comandante naval de la empresa, esto es, de Luis Brión. Además, escribió a su amigo Roberth Sutherland para que convenciese a Pétion de intervenir a su favor en el asunto.⁸⁴ Pronto el gobernador militar de Los Cayos recibía ordenes de impedir la salida de cualquier buque que no formase parte de la expedición de Bolívar. Sin embargo, Aury también presentó sus razones ante el presidente haitiano. Convertido en árbitro de las pugnas que habían estallado entre los refugiados, Pétion optó por una solución magnánima: la "Constitución" no se separaría de la escuadra ahora comandada por Brión, pero, en cambio, el gobierno haitiano pagaría directamente al comodoro todos los gastos que hubiese realizado reparando aquella nave.⁸⁵

Pese al revés, Aury todavía era dueño de varios buques y comandaba una escuadra cuyos capitanes le seguirían cualquiera que fuese su decisión. Sin embargo, la dureza del enfrentamiento con Bolívar había terminado por excluir cualquier arreglo que permitiese su participación en la empresa de reconquista, como no fuera la subordinación completa a Luis Brión. Se imponía, pues, para el comodoro, la necesidad de tomar en serio las propuestas de Cadenas. En este trance crítico hizo nuevamente aparición el prominente diplomático venezolano que había sido amigo y protector de Aury desde los aciagos días de 1812, cuando a duras penas lograba fletar un navío en las costas de Carolina del Norte: el doctor Pedro Gual. Se trataba del mismo hombre que por primera vez había legitimado una de sus empresas ante las autoridades estadounidenses; que le había librado del estigma de la piratería al concederle la patente de las Provincias Unidas de Nueva Granada en 1813; que junto con él había surcado las

⁸⁴ Bolívar a Robert Sutherland, 11 de febrero de 1816. "Apéndice Documental", en Verna, p. 107.

⁸⁵ Verna, p. 31; Duarte, p. 106.

aguas del Golfo de México y el Caribe hasta alcanzar las fortalezas que guardan la bahía de Cartagena de Indias; el mismo hombre que con su influencia favoreció su ascenso en los rangos de la flota granadina hasta alcanzar el título de comodoro; quien le había convertido en un combatiente republicano y que ahora, en este momento de ruptura, le ofrecía una salida y la posibilidad de seguir luchando por la emancipación de la América española.

Poco antes de consumarse el desastre de Cartagena, Gual había partido nuevamente a los Estados Unidos en busca de apoyo para la insurgencia.⁸⁶ Al recibir noticias de la caída de Cartagena y de los avances realistas en todos los frentes de la Tierra Firme, volvió sus ojos hacia México, tal y como lo había hecho antes con la Nueva Granada tras la caída de la primera República de Venezuela.⁸⁷ Efectivamente, según la correspondencia de fray Servando Teresa de Mier, Gual “se encontraba en descontento por las cosas de Venezuela y Nueva Granada que se había decidido enteramente por México diciendo que sin liberar á este la libertad de los otros o no podía verificarse o sería efímera”.⁸⁸ Sin embargo, el repunte militar realista de 1815 había diezmado no solamente a la insurgencia sudamericana, sino que también había tenido efectos devastadores en la Nueva España. Así, la caída de Morelos y la disolución del Congreso por Mier y Terán habían fortalecido densas redes de conspiración insurgente en el extranjero. Durante su segunda estancia en los Estados Unidos, Gual había entrado en contacto con algunas importantes figuras de la insurgencia exterior mexicana, en particular con el general José Álvarez de Toledo, un antiguo diputado por Santo Domingo a las Cortes de Cádiz que por segunda ocasión armaba un ejército para ocupar la Provincia de Texas. Este personaje, que habría de traicionar la causa entregando información vital a los realistas, había convencido a Gual de que, con la ayuda de la llamada Asociación de Nueva Orleans, sería capaz de establecer líneas de comunicación estables entre México y los Estados Unidos.⁸⁹ Con esto, el entusiasmo de Gual por la emancipación de México como preludeo a la reconquista de Tierra Firme creció lo suficiente como para hacerle intervenir activamente a favor

⁸⁶ Bierck, p. 101.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 102.

⁸⁸ Fray Servando Teresa de Mier, *Mi mui caro frasquito*, 13 de julio de 1816, en Hernández, *Op. Cit.*, 1985, Vol. VI, p. 907.

⁸⁹ Bierck, p. 103.

de los insurgentes mexicanos. Gual escribió a Toledo manifestándole su interés por la causa de México y sugiriéndole que se nombrase a un ministro para el establecimiento de nexos con los Estados Unidos. Al parecer, Gual ignoraba que tal ministro ya había sido nombrado. Se trataba de José Manuel de Herrera, un clérigo que también tenía en su haber cierto caudal de aventuras: siendo capellán de las tropas realistas, había caído prisionero de Morelos, quien, perdonándole, le había incorporado a las fuerzas insurgentes con el título de vicario castrense.⁹⁰ Posteriormente había sido electo diputado al Congreso de Chilpancingo, convirtiéndose en uno de los firmantes del Acta de Independencia de 1813.⁹¹ En 1815, el Congreso le había conferido las facultades necesarias para representarlo en los Estados Unidos y obtener recursos para la guerra.⁹² Sin embargo, su partida se había retrasado, lo que hizo que Toledo, tras la insinuación de Gual, armase y enviase a México a la goleta “Aguila”, la cual transportaba correspondencia que habría de informar a Mier y Terán y Guadalupe Victoria del nuevo proyecto. Tras recalar en Boquilla de Piedras, este buque había de volver a Nueva Orleans transportando a José Manuel de Herrera, ministro plenipotenciario del Congreso Mexicano, y a su comitiva.⁹³ Desde aquel puerto, los enviados mexicanos buscaron establecer comunicación con Gual, para manifestar su acuerdo con el proyecto de emancipar a México como primer paso de la guerra libertadora en América del Sur.⁹⁴ Esta concordancia en las aspiraciones de los agentes de ambos movimientos condujo a la concreción de la aventura mexicana que liberaría al comodoro de la inacción y de las discordias de la expedición que se gestaba en Los Cayos.

Por otra parte se trataba de un momento favorable para buscar apoyo en los Estados Unidos. Hasta entonces, los norteamericanos se habían mostrado esquivos en el trato con los agentes de la insurgencia hispanoamericana que pululaban en sus puertos y legaciones diplomáticas. Sin embargo, en el mes de enero de 1816, James Monroe había informado al nuevo plenipotenciario español, Luis de Onís, que las leyes de los Estados Unidos no solamente permitían el comercio con los insurgentes, sino que

⁹⁰ Mora, *México*, 1986, Vol. IV, p. 313.

⁹¹ “Acta de Independencia de 6 de noviembre de 1813”, en Hernández, Vol. V, p. 214.

⁹² Zavala, *Ensayo*, 1985, p. 102.

⁹³ Bierck, p. 104.

⁹⁴ Cf. Duarte, pp. 110-111.

todos los barcos con bandera patriota serían admitidos y protegidos en los puertos de esa nación. Esta declaración, al ser publicada, produjo un ambiente favorable a los emisarios de los gobiernos republicanos.⁹⁵ La correspondencia entre Gual, Herrera y Toledo evidenciaba la imperiosa necesidad de abrir un puerto bajo control insurgente en el golfo para dar salida a las mercancías que numerosos especuladores de Nueva Orleans y otros puertos estaban dispuestos a embarcar con dirección a México.⁹⁶ Para lograr este punto crucial del proyecto, Gual se comunicó, por medio de Pierre Girard, un agente francés establecido en Nueva Orleans, con sus viejos compañeros de Cartagena de Indias: Montilla, Marimón y, por supuesto, su amigo y protegido Louis Aury. Por otra parte, Herrera y Toledo entablaron contacto con Cadenas, quien así pudo contar con instrucciones precisas para los disidentes de Los Cayos.⁹⁷

La relación entre Alvarez de Toledo, Pedro Gual y José Manuel de Herrera reviste, sin embargo, un aspecto ciertamente más complejo. Efectivamente, los vínculos de esa heterodoxa alianza terminaron por ligar al comodoro con una de las más destacadas figuras liberales de la península ibérica y, al mismo tiempo, con una de las empresas más tristemente célebres de la guerra de Independencia de México: la expedición de Xavier Mina.

Nuevamente, los acontecimientos político-militares de 1815 representan la clave para comprender los alcances de este complejo proyecto y la importancia del comodoro Aury en la desventurada expedición de Mina. La derrota de Napoleón y, con ella, la restauración de Fernando VII, habían enviado al exilio en Gran Bretaña al general Mina y a algunos de sus partidarios, tras el fracaso de la última intentona de continuar la lucha contra el absolutismo en la península. Casi paralelamente, la serie de reveses insurgentes de 1815 reforzó con nuevos expatriados americanos las

⁹⁵ Bierck, p. 108.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 109.

⁹⁷ Se trata de un punto de controversia. Los autores que tratan el asunto de la división entre los caudillos de la primera expedición de Los Cayos suelen coincidir en que Cadenas se encontraba en ese puerto con instrucciones precisas de Herrera para llevar a cabo el proyecto de apertura del puerto en el Golfo de México. Es este el caso de Faye, Bierke y Duarte French. Sin embargo, estas obras fueron escritas antes de la publicación en México de los documentos relativos a las supuestas misiones de Cadenas, citados líneas atrás, entre los cuales se encuentra una carta en la que, por su propia mano, expresa que su paso por la república de Haití fue enteramente accidental.

densas redes de conspiración que tenían por centro la capital inglesa. Así, en este periodo hubieron de coincidir en Londres el venezolano Luis López Méndez, miembro de la Logia Lautaro; el argentino Carlos Alvear, fundador de la Logia de los Caballeros Racionales y fray Servando Teresa de Mier. Es posible que el entusiasmo y la encendida retórica de este último hayan predispuesto a Mina para brindar su apoyo a la revolución en América. Por otra parte, es preciso señalar que las opiniones del padre Mier coincidían notablemente con las de los agentes de la insurgencia sudamericana. Efectivamente, en una carta fechada a 15 de septiembre de 1816, aquél sostenía que "... México es el que detiene a todos: el que obsta de las demás partes de América que tienen en Londres sus Ministros, obtengan su reconocimiento... todos sus votos se dirigen á la libertad de México sin la cual la del resto es efímera..."⁹⁸ En el mismo tenor, el interés de Mina por mantener viva la llama de la guerra civil habría de coincidir plenamente con los proyectos que tomaban forma entre los insurgentes de la América española. El general estaba consciente de la cardinal importancia de México para el funcionamiento del sistema imperial español. De ahí que resumiese su punto de vista en términos semejantes a los empleados por los insurgentes de Tierra Firme y México: "México es el corazón del coloso y de quien debemos procurar con más ahínco la independencia..."⁹⁹

Sin embargo, y pese a la influencia de Mier, es probable que la intervención de los agentes sudamericanos haya proporcionado el último impulso para arrojarle de lleno al proyecto de Alvarez de Toledo y Gual: la expedición contra México como preludio a la reconquista del sur del continente.¹⁰⁰ Según Harold Bierck, durante su estancia en Londres, Mina habría solicitado el consejo del agente venezolano Luis López Méndez, quien le condujo a la presencia de Manuel Palacio Fajardo. Se trata del mismo agente neogranadino que había partido a Francia tras entrevistarse con Gual en los Estados Unidos, en 1812, y que le había proporcionado la primera serie de patentes de corso que el gobierno de las Provincias Unidas envia-

⁹⁸ Fray Servando Teresa de Mier a los señores P. y A., 15 de septiembre de 1816, en Hernández, Vol. VI, p. 916.

⁹⁹ Mina, 9 de septiembre de 1816, *Ibidem*, p. 882.

¹⁰⁰ Según las declaraciones de Mier ante el Santo Oficio, fue el venezolano Luis López Méndez quien le presentó al general Mina. *Vid.* "Novena Declaración", en Hernández, Vol. VI, p. 806. Cfr. Códinach, *La Gran Bretaña*, 1991, p. 279, y Bierck, p. 120.

ba al exterior.¹⁰¹ Palacio Fajardo escribió de inmediato al doctor Gual, informándole de las intenciones de Mina e inquiriéndole sobre la posibilidad de obtener recursos por parte del Congreso Mexicano. Gual, que para entonces ya sostenía una estrecha comunicación con Alvarez de Toledo, respondió que el Congreso Mexicano facilitaría los recursos y que su plenipotenciario, José Manuel de Herrera, se uniría a las fuerzas de Mina en vez que desembarcasen en los Estados Unidos. Paralelamente, resolvió dirigirse nuevamente a su viejo amigo Louis Aury. Así, la influencia de Gual habría de unir los destinos de Louis Aury y Xavier Mina en la desastrosa expedición a México.

62 Por otro lado, en Nueva Orleans, Herrera y Toledo se apresuraron a llevar a cabo las recomendaciones de Gual para aprovechar la disidencia de Aury a favor de la nueva causa. Montilla, después de enfrentarse a su vez con Bolívar, viajó de Haití a los Estados Unidos para concertar con Gual el empleo de la flota del antiguo Comodoro de Cartagena.¹⁰² Posteriormente, fueron fletados dos buques que zarparon con rumbo a Haití para formalizar la incorporación de la escuadra de Aury a la empresa de la emancipación de México. En ellos viajaron Pierre Girard y José Savary, para hacer entrega al comodoro de una serie de patentes de corso en blanco, listas para ser llenadas.¹⁰³ También trajeron consigo, para las naves del nuevo escuadrón mexicano, el pabellón de tablero menudo azul y blanco, con la orilla encarnada en rojo y el águila sobre el nopal en el centro.¹⁰⁴

Esta providencial aparición de Gual y sus nuevos aliados mexicanos permitió al comodoro salir de la insostenible situación en que le había colocado el enfrentamiento con Brión y Bolívar. La perpetua división entre los caudillos sudamericanos, además de la profunda enemistad que había provocado el incidente, terminó por enajenar definitivamente a Louis Aury de las fuerzas de Nueva Granada y por granjearle la animadversión personal de Simón Bolívar. Luis Brión podría ocupar ahora el cargo de almirante de la flota de Venezuela y Nueva Granada sin que ningún rival de peso pudiese restarle fama ni brillo. Por el contrario, el comodoro se vería arrojado a una aventura incierta que le haría surcar con sus naves, una vez más, las aguas del golfo, y entrar en contacto con algunas de las

¹⁰¹ Bierck, p. 120.

¹⁰² Faye, p. 628.

¹⁰³ Bierck, p. 112.

¹⁰⁴ Fray Servando Teresa de Mier, *Mi mui caro frasquito*, en Hernández, Vol. VI, p. 907.

más importantes figuras de la guerra de Independencia de México. Con esto, el acceso al servicio de la futura Colombia le quedaría vedado para siempre.

El impulso final de la ruptura lo proporcionó la inagotable generosidad de Pétion, quien suministró la ayuda económica que precisaba la nueva flota del Congreso Mexicano, además de 200 combatientes negros que se embarcaron bajo las órdenes de Aury.¹⁰⁵ Así, con miras a llevar a cabo la apertura de un nuevo puerto insurgente en el Golfo de México,¹⁰⁶ se hacía finalmente al mar la escuadra que había sobrevivido a la furia de la guerra y a la discordia de los caudillos sudamericanos. Con esto, el abandono del viejo pabellón que había ondeado en el palo de sus buques se consumaba en forma definitiva. Así, tras este extraño vuelco en su destino, Aury conduciría los buques que habían quedado bajo su mando fuera de la barra del puerto de Los Cayos, el día 4 de junio de 1816.

Conforme avanzaba en la derrota hacia el norte, Aury iba dejando cada vez más atrás el hervidero de pasiones de la política venezolana y neogranadina, la humillación que le había impuesto Simón Bolívar y la influencia que había gozado como uno de los principales caudillos de Cartagena de Indias. Sin embargo, pese a que su partida representaba la pérdida de su rango granadino, se rehusó, hasta el último de sus días, a renunciar al título de comodoro. Quedaba ahora para él la esperanza de realizar, al servicio de los insurgentes mexicanos, una acción de guerra tan brillante que le devolviese el prestigio que antes le había brindado la desaparecida república sudamericana. Continuó, pues, su navegación hasta alcanzar, a mediados de junio, las aguas que rodean Los Cayos de Florida. Ahí, desde el improvisado punto de recalada de las islas Tortuguillas, lanzó toda su furia contenida sobre el tráfico español que entraba y salía desde la isla de Cuba, como pudieron tristemente constatar el capitán del “Infatigable”, el marino José Peña, tripulante de “La Feliz”, y los dos pasajeros españoles del buque inglés que venía de Nassau. Probablemente nunca haya sido tan temible y devastadora la actividad del comodoro, pues hasta el mismo fray Servando Teresa de Mier hubo de comentar en una de sus cartas, no sin regocijo, acerca del documento que aquél hacía firmar a los

¹⁰⁵ Faye, p. 628.

¹⁰⁶ Para los diversos planes de apertura de puertos en el Golfo de México. *Vid.* Von Grafenstein, “Patriotas”, 1998.

capitanes de otras nacionalidades, en el cual reconocían el bloqueo a los puertos españoles, y acerca del apresurado embargo que impuso el gobernador de La Habana para impedir que más buques cayesen en manos del antiguo Comodoro de Cartagena.

Cuando la escuadra de Aury, reforzada por la captura de las ya mencionadas presas, abandonó finalmente Los Cayos de Florida para poner proa en dirección a la costa de Texas y "La Belona" se separó hacia el puerto de Nueva Orleans para poner a José Savary en contacto con Herrera y su comitiva, el capitán del "Infatigable" y los demás cautivos no podían menos que temer por sus destinos. Estaban siendo transportados, sin saberlo, a la desolada isla de Galveston, en la provincia de Texas. Se trataba nada menos que del punto elegido para instaurar el tan anhelado puerto insurgente del Golfo de México y, al mismo tiempo, la plataforma de lanzamiento de la futura expedición de Mina; una nueva base corsaria que recibiría después un mote que habría de parangonarla con una profunda cicatriz en la memoria histórica de los españoles: El Nuevo Argel.

